

Xavier Colás

PUTINISTÁN

Un país alucinante
en manos de un presidente alucinado

la esfera  de los libros

ÍNDICE

Nota del autor	11
Cronología	13
1. RUSIA, UN MALENTENDIDO SOBRE LA LIBERTAD	15
2. «LA GENTE ESTÁ CANTANDO CANCIONES, CAMARADA CAPITÁN».....	43
3. MANIOBRAS IMPERIALES EN LA OSCURIDAD	77
4. LÍNEAS BORROSAS	111
5. CRIMEA Y CASTIGO	147
6. MAD MAX NO PAGA A TRAIADORES	167
7. <i>PAX PUTINIANA</i>	187
8. UN PAYASO SIN EXPERIENCIA	227
9. LA CORTE DE LOS VAMPIROS	243
10. HACIA LAS LLAMAS	281

11. DONBÁS Y EL FIN DEL MUNDO	307
12. <i>ZERO DARK HUNDRED</i>	319
13. MANICOMIO Z	359
<i>Epílogo. Ante el «holo-mordor»</i>	401

NOTA DEL AUTOR

Este libro trata sobre por qué sucedió la guerra de Ucrania, por eso habla principalmente sobre Rusia.

Demasiadas veces la agresividad de Moscú ha sido confrontada por solo dos tipos de análisis: el que condenaba los actos de Vladímir Putin sin incidir demasiado en sus razones y el que se refugiaba en sus supuestas razones para justificar en mayor o menor medida sus actos. Este libro viaja hacia la penumbra en la que se incubaron esas razones, pero no para validarlas, sino para denunciarlas como enfermedades, tóxicas y falsas. Hay que hacerlo sin rabia, pero de manera implacable; como haría un médico con un tumor letal.

En esta narración también describo los efectos de ese imperia-
lismo —basado en mentiras, codicia y paranoia, y sostenido por una sociedad que accedió a quedar indefensa ante el Estado— porque me tocó ser testigo de muchos de esos síntomas. Pero ya se ha escrito mucho sobre el dolor causado, por lo que este libro pretende ser una llamada de atención acerca del carácter universal y recurrente de estas tragedias. Lo más conmovedor de esta guerra es que fuimos incrédulos sobre su existencia cuando ya existía. Mi tarea es explicar que —aunque de nuevo no lo creamos— seguramente nos quedan por ver, incluso más de cerca, más pliegues y puntas de este desastre, que puede doblegar a nuestra Europa.

Los capítulos sobre Ucrania están narrados en presente; y el resto, sobre Rusia, está escrito en pasado: tal es la diferencia en la que fluye el tiempo en dos países tan similares y opuestos. Me he basado en mi experiencia de corresponsal: el libro incluye algunos fragmentos de crónicas que escribí sobre el terreno, escenas que no puedo volver a narrar sin inventarlas. Pero la gran mayoría está escrito desde cero, mirando hacia atrás, con la claridad que da al paso del tiempo, refutando incluso algunos de mis puntos de vista iniciales. Esta guerra tiene dos reversos: en Ucrania es la defensa de todos, en Rusia es el ataque de un solo hombre. Este relato incorpora vivencias —íntimas, anecdóticas, unas conocidas y otras apenas contadas— de la vida de Putin: para entender al personaje, hay que escarbar hasta que te sorprenda. Pero la radiografía no puede ser misericordiosa como la viscosidad de su propaganda, sino severa como sus actos.

Putinistán es la historia de un hombre comiéndose a su propio país, año a año, sin que nada ocurra. Después, impaciente sobre el pasado y bajo la ansiedad que le genera el futuro y el cambio, concibió el paso del tiempo como una declaración de guerra y quiso que su Estado se comiese a la disidencia y también a otros países. El libro no rehúye la responsabilidad de la sociedad rusa, ni los tropiezos de los ucranianos. Pero es una refutación al coro de sermoneadores acomodados que tratan de explicarles a los rusos cómo acabar con el dictador, como si no se nos hubiese muerto el nuestro en la cama; o confeccionarles a los ucranianos la primera lista que se conoce de cosas que hay que hacer o no hacer para no obligar a tu vecino a invadirte.

El disidente soviético Alexander Solzhenitsyn avisó de que la violencia solo puede ser disimulada por la mentira y la mentira solo puede ser mantenida por la violencia: «Quienes han proclamado la violencia como su método están inevitablemente forzados a tomar la mentira como su principio». Esa es la gran batalla que se abre paso hacia nosotros cada cierto tiempo en Europa. Ante ella debemos estar en nuestra mejor versión.

CRONOLOGÍA

- 7 de octubre de 1952.** Nace Vladímir Putin en Leningrado.
- 5 de marzo de 1953.** Muere Iósif Stalin, líder de la URSS, en su dacha de Kúntsevo.
- 1975.** Putin comienza a trabajar en el KGB.
- 1985.** Putin es enviado como agente de inteligencia a Dresde, República Democrática Alemana.
- 1990.** Putin vuelve a Leningrado tras caer el Muro de Berlín y empieza a trabajar como asesor del alcalde, Anatoli Sobchak. En 1994 se convertirá en vicealcalde de San Petersburgo.
- 8 de diciembre de 1991.** Borís Yeltsin firma los Acuerdos de Belavezha en calidad de líder de la República socialista federativa soviética de Rusia con sus homólogos de la RSS de Ucrania y RSS de Bielorrusia. Estos acuerdos declararon la disolución de la URSS y establecieron en su lugar la Comunidad de Estados Independientes (CEI).
- Junio de 1996.** Sobchak pierde las elecciones municipales, Putin se queda sin trabajo. Arde su dacha y pierde parte de sus ahorros en el fuego. Putin se muda a Moscú para trabajar en la Administración Presidencial.
- 25 de julio de 1998.** Borís Yeltsin nombra a Putin director del FSB, el servicio de inteligencia heredero del KGB.
- 9 de agosto de 1999.** Yeltsin nombra a Putin primer ministro. Empieza la segunda guerra chechena.
- 31 de diciembre de 1999.** Yeltsin dimite por sorpresa. Putin se convierte en presidente en funciones. Su primer decreto blinda legalmente a toda la familia Yeltsin. Ganará las presidenciales en marzo del año siguiente.
- Octubre de 2003.** La justicia rusa toma la petrolera Yukos y encarcela a su jefe, el magnate Mijaíl Jodorkovsky, que había sido muy crítico con Putin.
- 14 de marzo de 2004.** Putin gana sus segundos comicios presidenciales.
- 7 de octubre de 2006.** La reportera Anna Politkóvskaya, tras años investigando los crímenes de las autoridades en Chechenia, es asesinada en su casa.
- 2 de marzo de 2008.** Dimitri Medvédev gana las elecciones presidenciales. Vladímir Putin, que según la constitución no puede concurrir más de dos veces seguidas, se queda como primer ministro.
- 24 de septiembre de 2011.** Medvedev anuncia que Putin volverá a presentarse a las elecciones de 2012. Empiezan en Moscú, San Petersburgo y otras ciudades las manifestaciones más importantes desde el fin de la URSS, especialmente contra el «pucherazo» electoral de las elecciones parlamentarias de diciembre de 2011.
- 4 de marzo de 2012.** Putin gana sus terceros comicios.
- Diciembre de 2014.** El presidente de Ucrania, Víctor Yanukóvich, rechaza firmar el pacto de asociación con la UE que había prometido. Comienzan las protestas en Maidán, que aumentan con la represión policial. La gente ocupa la principal plaza de Kyiv.

- Febrero de 2014.** Los nacionalistas toman las riendas de la protesta. Matanza de manifestantes en Maidán. El régimen de Yanukóvich de desmorona y huye a Rusia.
- Marzo de 2014.** Putin despliega a sus tropas en la península ucraniana de Crimea, que se anexiona tras orquestar un referéndum.
- Abril de 2014.** Asaltos a edificios gubernamentales en el este de Ucrania. Comienza la guerra de Donbás. Fracasan los primeros acuerdos de Minsk para detener los combates.
- 7 de junio de 2014.** El magnate ucraniano Petró Poroshenko se convierte en presidente de Ucrania. Los candidatos ultraderechistas apenas logran un 1%.
- Febrero de 2015.** Firma de los acuerdos de Minsk II. Sirve para detener los combates más sangrientos, pero no llegan a ponerse en práctica. Moscú pretende que sus separatistas tengan poder de veto a la política exterior en Kyiv.
- 14 de marzo de 2018.** Putin gana sus cuartas elecciones presidenciales
- 21 de abril de 2019.** El cómico Volodímir Zelenski se convierte en presidente electo de Ucrania tras derrotar a Petró Poroshenko con el 73% de los votos.
- 25 de junio de 2020.** Aprobada la reforma de la constitución rusa, que permite a Putin presentarse de nuevo.
- 9 de agosto de 2020.** La oposición bielorrusa denuncia el pucherazo en las elecciones presidenciales de Aleksandr Lukashenko. Comienzan manifestaciones masivas en todo el país, reprimidas brutalmente.
- 20 de agosto de 2020.** El líder de la disidencia rusa, Alekséi Navalni, es intoxicado con Novichok.
- 17 de enero de 2021.** Navalny es detenido y condenado a sucesivas penas de prisión.
- 21 de diciembre de 2021.** Vladímir Putin amenaza con una respuesta «técnico-militar» ante lo que Rusia percibe como movimientos amenazantes de Occidente. Washington y sus aliados de la OTAN avisan de que alrededor de cien mil soldados rusos están desplegados en la frontera con Ucrania.
- 21 de febrero de 2022.** El presidente de Rusia firma decretos que reconocen a la República Popular de Donetsk y la República Popular de Lugansk, en la región ucraniana de Donbás.
- 24 de febrero de 2022.** Putin anuncia el inicio de una «operación militar especial» en Ucrania. Poco después, tropas rusas cruzan la frontera e invaden el país, mientras se reportan bombardeos en las principales ciudades ucranianas, incluyendo Kyiv y Járkiv, y la planta nuclear de Chernóbil es capturada por los rusos.
- 4 de marzo de 2022.** Las autoridades rusas bloquean las principales redes sociales y presentan leyes de censura que castigan con hasta quince años de cárcel cualquier afirmación sobre sus acciones en Ucrania que califiquen como falsa. Los medios independientes se ven obligados a cerrar o irse de Rusia.
- 10 de marzo de 2022.** Zelensky dice que el bombardeo sobre el hospital en Mariúpol es la «prueba de un genocidio».
- 21 de septiembre de 2022.** Putin ordena una movilización parcial en Rusia para hacer frente a la contraofensiva de Ucrania. La medida afectaría a trescientos mil reservistas.
- 8 de diciembre de 2023.** Putin confirma que volverá a presentarse en 2024 a un nuevo mandato presidencial que puede mantenerle en el poder hasta 2030.

RUSIA, UN MALENTENDIDO SOBRE LA LIBERTAD

«Un país que no respeta los derechos de sus propios ciudadanos no respetará los derechos de sus vecinos».

ANDRÉI SÁJAROV

Contaba una anécdota de la época soviética que una mujer estaba repartiendo propaganda a las puertas de la Plaza Roja. Fue arrestada y los guardias, tras comprobar el material que llevaba encima, le preguntaron por qué había cometido la estupidez de protestar distribuyendo unos folletos en blanco. Resoplando agitada, ella contestó: «No hace falta que escriba nada, lo sabe todo el mundo».

Esto que empiezo a escribir ahora pretende dilucidar qué es lo que tenía que estar impreso en esas octavillas, que sin embargo estaban mudas. Explicar eso que todo el mundo sabía pero que, según fueron trascurriendo las décadas, se olvidó o se dejó de tener en cuenta, hasta que fue demasiado tarde, y en 2022 la gente volvió a ser arrestada por sostener carteles en blanco junto al Kremlin. Rusia volvió a ser un país donde era mejor que algunas cosas se hablaran en la seguridad de la cocina y donde, si uno decía algo diferente a lo que inventaba el gobierno, era posible acabar en la cárcel o quedarse sin trabajo. Los nombres de algunas figuras públicas contrarias a la guerra de Ucrania han sido literalmente borrados de los carteles o las portadas de los periódicos. Algunos hombres prefirieron no dormir en casa para eludir el reclutamiento, mientras buscaban la manera de abandonar el país.

En esta hora tan oscura, nos preguntamos cómo hemos llegado hasta este presente tan impresentable. Si fue todo un asunto del gobierno ruso, capaz de hacer cualquier cosa con su población; o si fue culpa de los rusos, incapaces como casi siempre de hacer nada frente al gobierno. Durante años, mientras mis compañeros y yo corríamos tras la noticia —por Moscú, Kyiv, Crimea, Donetsk o Mariúpol— avistando el *qué*, no sabíamos si habría una pregunta todavía más difícil de responder: *por qué*.

En algún momento, en Rusia hubo un malentendido sobre la libertad.

Esta frase no es, evidentemente, la respuesta a todo lo que ha pasado. Es solo la entrada al laberinto. Pero para salir algún día del laberinto, tal vez ayude saber por dónde hemos entrado. Como dice Marguerite Duras en el inicio de su novela *El amante*: «Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde».

En cada amanecer el sol se puso demasiado rápido en Rusia. El verano en San Petersburgo es famoso por sus noches blancas, pero se ha escrito menos sobre el invierno y sus días oscuros: el sol se queda atrapado en el horizonte como una fiera intentando salir por una rendija de la jaula. En invierno, en Norilsk (Siberia), la ciudad más septentrional del mundo, solo se ve en la lejanía un leve brillo ártico durante algunas horas de la mañana, un color azul triste que se mezcla con el del hielo infinito. El día está siempre acabándose, nunca es un buen momento para ordenar el cuarto o empezar nada, porque parece que es el tiempo lo que no termina de despegar. Al otro lado del cristal, todo parece estar terminando, terminando sin parar. Y uno vuelve al colchón o a la pantalla del ordenador con la idea de que, diga lo que diga el reloj, ya no tiene sentido ponerse a hacer algo nuevo.

En la historia del siglo xx en Rusia varias veces salió el sol para dar paso a la noche. En marzo de 1917, en medio de la agitación provocada por las derrotas rusas en la Primera Guerra Mundial y la carestía, el zar Nicolás II se vio obligado a abdicar. En ese momento

podía haberse consolidado una democracia de corte liberal. Pero, tras unos meses caóticos, en los que el gobierno provisional y la Duma (el Parlamento), asediados desde todos lados, no pudieron consolidar el régimen nacido de la revolución de febrero, el golpe de los bolcheviques, dirigidos por Lenin, los barrió del mapa. Ese octubre de 1917 se decretó un amanecer rojo que, en el fondo, era un anochecer pardo. El gobierno provisional había resultado demasiado provisional. Las plantas no tuvieron tiempo de girarse hacia ese sol súbito y extraño del parlamentarismo y el sistema de partidos. A partir de ese momento, la dictadura del proletariado fue en realidad una monarquía de burócratas sin posibilidad de elección, donde el poder del monarca duraba lo mismo que su vida. Por eso, prácticamente cada «coronación» en la Plaza Roja estaba precedida por un entierro.

Algo parecido pasó cuando la Unión Soviética se desmoronó en 1991: los rusos vivieron durante unos años en medio del mismo desorden, masticando libertad y pobreza, hasta confundir los sabores. Entre los años finales del mandato de Borís Yeltsin y los primeros de Vladímir Putin se volvieron a correr las cortinas: primero ataron en corto al Parlamento, amarraron al sector privado, eliminaron los contrapesos a su poder. Dejaron a la sociedad fuera de la política. Domesticaron a los medios de comunicación.

«Entre la URSS y Putin no hubo tiempo de crear una sociedad civil», explica la periodista rusa Tatiana Felgenhauer, mientras tomamos un té a unas decenas de metros del edificio de la emisora Eco de Moscú (Ekho Moskvyy). Allí, en octubre de 2017, un hombre armado con un cuchillo la apuñaló en el cuello. Durante ese mes, un reportaje emitido por la televisión rusa acusaba a la emisora, y concretamente a Tatiana, que era su redactora jefe, de trabajar para intereses extranjeros. En su foto de perfil de Facebook aparece mirándose en un espejo entre dos esqueletos. Es un guiño a la muerte.

Estamos en 2018, quedan todavía cuatro años para que la luz se apague por completo. En la calle hace un frío electrificante. Hielo,

cuervos, coches oficiales abriéndose paso entre el tráfico, gente repartiéndole propaganda disfrazada de personajes de dibujos animados. Putin ya se ha anexionado Crimea, pero Rusia sigue siendo un país abierto.¹ En menos de una semana Putin se presenta de nuevo a unas elecciones que, por supuesto, ganará sin oposición. Apunto una sentencia de Tatiana: «No nos hemos recuperado del descrédito de la democracia de los noventa». Yo miro su cicatriz, tan cerca de su boca. La boca de la Rusia que no puede ser. Ella habla de esos años demasiado difíciles: «La sociedad civil no sabía cómo defenderse. Después del imperio zarista, de la guerra civil y de setenta años de comunismo totalitario, no es posible crear una sociedad civil en diez años. Tenían que haber crecido unas cuantas generaciones. De 1991 a 1998 pasó muy poco tiempo. No se consiguió que el ciudadano asumiera la conciencia de su propia fortaleza, y por eso fue tan fácil evolucionar hacia la situación actual».

Le hago a Tatiana la última pregunta de la entrevista:

—¿Qué piensa cuando se mira en el espejo y ve su cicatriz en el cuello?

—Que soy el resultado de un milagro.

El milagro duró unos años más. No nos volvimos a ver: cuando comenzó la invasión, Tatiana abandonó el país y se instaló en Vilna, la capital de Lituania. En octubre de 2022 fue acusada de ser «agente extranjero», lo que en la práctica supone su muerte civil en Rusia. Tatiana llevaba tiempo señalada por una mayoría agresiva: compañeros de otros medios se mofaban en ruedas de prensa por sus preguntas capciosas, en la televisión algunos tertulianos la examinaban más que al gobierno. El cínico que dice que todo es mentira es el cínico que da la bienvenida al tirano.

Pasó a ser uno de esos miles de pares de ojos que lo observan todo desde el exilio. Tatiana Felgenhauer siempre me pareció una de

¹ Tras la rápida ocupación militar por fuerzas rusas de la península de Crimea en febrero de 2014, el territorio quedó formalmente anexionado a Rusia tras un referéndum monitorizado por Moscú y sus partidarios.

esas figuras que podrían haber gritado lo que debería estar escrito en esas octavillas en blanco.

Si me hubiesen preguntado aquella mañana de 2018 sobre lo que estaba pasando hubiese dicho que todo avanzaba despacio, y creo que ella también. Pero en realidad, mientras hablábamos y tomábamos té, se iba acabando el tiempo.

¿En qué planeta nació Vladimir Putin?

La URSS empezó como una religión basada en el mañana. La revolución bolchevique de 1917 borró el pasado: a partir de aquel momento solo existiría el futuro. En Londres, en la Cámara de los Comunes, un diputado británico saludó el *alumbramiento rojo* citando al poeta William Wordsworth: «Una dicha fue en ese amanecer estar vivo. Pero ser joven era el cielo». La URSS jamás fue una dictadura del proletariado, sino más bien una burocracia de «futurólogos» socialistas: en el despacho principal del Kremlin siempre había alguien de guardia que conocía el porvenir de memoria. En esa narrativa roja el *spoiler* de la historia era sagrado: el socialismo sustituiría al capitalismo y, una vez alcanzado ese estado de armonía, el Estado podría disolverse. Pero, mientras tanto, debía imperar una autoridad omnipresente, que durante años no se regeneraría mediante elecciones sino mediante sangrientas purgas.

Vladimir Putin nació en Leningrado el 7 de octubre de 1952, un año antes de la muerte de Stalin. En aquel momento, cerca del 5 por ciento de la población del país estaba en la cárcel y el dictador preparaba una depuración de los judíos, una bala antisemita que quedaría en la recámara solo gracias al repentino fallecimiento del amado líder.

Tras la muerte de Stalin, Nikita Jrushchov se instaló en el palacio del Kremlin, un edificio que, cinco años antes, el periodista John Steinbeck había descrito como «el lugar más lúgubre del mundo», y

donde «la oscuridad casi se podía tocar». Sobre las torres del Kremlin brillan todavía las cinco estrellas rojas (de cinco puntas, para simbolizar la expansión de la revolución por los cinco continentes), instaladas en 1937, vigésimo aniversario de la revolución de octubre. Durante el periodo 1941-1942, habían sido cubiertas para que no sirvieran como guía a los bombarderos de la Luftwaffe, y tras la victoria fueron reparadas y puestas de nuevo en funcionamiento. El centro de la capital y la propia fortaleza (que es lo que significa *kremlin*) seguían pobremente iluminados, así que en las noches sin luna parecía que esas estrellas rojas estaban suspendidas en el cielo, como cinco extraños planetas que solo existían en el firmamento soviético.

En su libro *Red Fortress: The Secret Heart of Russia's History*, la historiadora británica Catherine Merridale define el Kremlin de aquellos años tras la Segunda Guerra Mundial como «una ciudadela que era el sueño del tirano, defendida por guardias elegidos por él mismo», con suficiente armamento tras sus muros «como para hacer frente a una guerra de tamaño medio», y dotada de un sistema especial de túneles y teléfonos que sonaban con un timbre diferente a los del resto: por eso los llamaban «cucos».

Con las manos en los bolsillos, esquivo a los policías que vigilan el portal en cada cumpleaños del presidente: a los vecinos les molestan los fisgones con cámaras en busca de fetiches de otra época. La casa donde creció Putin es un apartamento en un cuarto piso del número 12 de la calle Baskova. Su universo entonces fue un patio interior por el que se accede a la vivienda. Unas escaleras casi sin luz con vistas al mismo patio, con edificios de tono amarillo recortando el cielo gris del Leningrado de mediados del siglo xx. En esa famosa escalera en la que me muevo casi a tientas fue donde acorraló a una rata que saltó furiosa a su cuello, proporcionando a Putin su primera lección de ciencia política y a los corresponsales la perfecta fábula para adornar las entradas de nuestras crónicas durante los primeros años de su mandato. Esa rata se convirtió en la más famosa de Rusia.

Putin era un hijo muy deseado por unos padres que habían estado a punto de morir por la brutal invasión nazi de la URSS. Los dos hermanos mayores de Putin murieron antes de que él naciese, uno en la década de 1930 y el otro de enfermedad durante el asedio de Leningrado. Su padre, Vladímir Spiridonovich Putin, estuvo destinado en 1941 en un «batallón de destrucción» del NKVD² en las afueras de Leningrado. Su función era perturbar la retaguardia alemana: explotaban puentes e inutilizaban ferrocarriles, dando al Ejército Rojo más margen de maniobra. Los alemanes les detectaron y les persiguieron hasta el bosque. Vladímir Spiridonovich se ocultó en un pantano, donde pasó varias horas respirando con ayuda de la caña de un junco, mientras oía cómo los soldados alemanes caminaban a pocos pasos de él y escuchaba los ladridos de los perros que lo buscaban. De los veintiocho integrantes del grupo solo se salvaron cuatro. El padre de Putin llevaría toda su vida la metralla de una granada alemana en las piernas. El niño Putin creció escuchando todas estas historias.

Su padre le contó que, estando casi cercados por los alemanes, unos estonios les habían traído comida, pero que al final los delataron al enemigo. El padre se salvó gracias a que otro soldado, que resultó ser un vecino, cargó con él cruzando el río Neva congelado. El cerco alemán de Leningrado, apenas una década antes del nacimiento de Putin,³ había sido un exterminio agónico que dejó una terrible cicatriz presente todavía en la memoria de los rusos. El filólogo ruso Dimitri Lijachov, que sobrevivió al asedio con su mujer y sus dos hijas gemelas, escribió que hubo quien llegó a cortar trozos de carne de su propio cuerpo para alimentar a sus hijos pequeños. Algunos ancianos supervivientes me contaron que habían

² Siglas en ruso del Comisariado Popular de Asuntos Internos, la policía secreta bolchevique.

³ El asedio se prolongó entre el 8 de septiembre de 1941 y el 27 de enero de 1944, 872 días. Se estima que un millón y medio de civiles perdieron la vida durante el asedio, en buena parte por hambre o enfermedades.

comido carne de procedencia sospechosa, sin querer preguntar de dónde venía, y que escondían los cadáveres de la gente que más apreciaban.

Cuando en medio del desastre de la guerra el padre de Putin consiguió volver a casa vio cómo los sanitarios sacaban cadáveres de su portal. Entre los cuerpos vio el de su esposa, Maria Ivanovna, madre de Putin. Estaba tan desnutrida y pálida que habían pensado que estaba muerta. Pero, al acercarse, le pareció sentir que todavía respiraba. Exigió que la devolviesen a su cama, aunque los médicos le dijeron que sería en vano. María sobrevivió. Los Putin de Leningrado eran duros de pelar. Concibieron a Vladímir y, cuando nació, su madre lo bautizó a escondidas sin que lo supiese su padre, que era miembro de la organización del Partido Comunista en la fábrica donde trabajaba.

Vladímir creció en una casa comunal. Los Putin la compartían con otras dos familias. No había agua caliente, ni bañera. El cuarto de baño era horrible y hacía frío, pero tenían a su «niño milagro». Mientras Putin daba sus primeros pasos por aquel ambiente de estrechez, la fortaleza del Kremlin abrió por primera vez sus puertas a los moscovitas, que pudieron pasear por el interior del centro de poder del país más importante y misterioso del mundo. Mientras tanto, otras puertas del poder soviético, las de los campos del Gulag,⁴ se abrían para liberar a miles de presos, a los que el nuevo régimen de Jrushchov había perdonado.

La muerte de Stalin abrió muchas cerraduras en la URSS. Putin nació en un país que comenzaba de nuevo, aunque tras ese amanecer el sol no alcanzaría lo más alto. Stalin había muerto y Jrushchov estaba ahora al mando. Fue en ese cambio de guardia cuando, sin saberlo, la URSS empezó a hacerse vieja. Las purgas acabaron y el lugar de la élite dejó de ser una jungla para convertirse en un invernadero.

⁴ Abreviatura en ruso de Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional, el sistema de campos de trabajo forzados controlado por el NKVD.

Nikita Jrushchov fue responsable de la llamada «desestalinización» de la Unión Soviética, respaldó el programa espacial en abierta competición con el estadounidense y llevó a cabo varias reformas relativamente liberales en materia de política interna. La más importante de estas reformas fue acabar con la vieja costumbre de aniquilar a los adversarios en el partido. Cuando Leonid Brézhnev lo descabalgó del poder en 1964, simplemente mandó a Jrushchov a una finca a descansar, en lugar de liquidarlo. La gerontocracia se puso cómoda y rebajó el tono a la hora de hablar del futuro.

En aquellos años se contaba un chiste sobre cómo el país funcionaba y no funcionaba al mismo tiempo: «No hay desempleo, pero mucha gente no trabaja; mucha gente no trabaja, pero los planes se cumplen; los planes se cumplen, pero en las tiendas no hay nada; en las tiendas no hay nada, pero la gente tiene la despensa llena; la gente tiene la despensa llena, pero está descontenta; la gente está descontenta, pero vota a favor». La cultura popular calificó esta realidad borrosa como «los siete milagros del socialismo». En realidad, eran siete maldiciones.

Hijos del pasado

Napoleón dijo que si quieres entender a alguien tienes que saber cómo era el mundo cuando tenía veinte años. Vladímir Putin los cumplió en octubre de 1972. A Brézhnev le quedaban diez años para morir en el poder. Ya se hablaba del «socialismo actualmente existente», no del socialismo como una victoriosa utopía distante en el tiempo. Si en el ámbito del dogma el futuro empezó a brillar menos, en lo material la sociedad mantenía todavía un razonable optimismo. El país llevaba diez años creciendo cada año más despacio, pero Nikita Jrushchov hablaba todavía de «alcanzar a Occidente».

Cuando un nacionalista ruso habla de volver al país pujante que fueron en algún momento, en realidad está hablando del momento

en el que creyeron serlo. Un instante que *a posteriori* —y con todas las luces de la historia y la estadística encendidas— nadie quiere ni puede ubicar en unas fechas concretas.

No se puede hablar de triunfo ni fracaso del cristianismo: lo que promete está al otro lado del espejo. El comunismo fue una religión en la Unión Soviética. Pero, como la utopía no estaba situada después de la muerte, pudo ser puesta a prueba.

La URSS del adolescente Putin era muy diferente a la del comienzo. En el ámbito geopolítico, la nostalgia sustituyó a las promesas. Ya no se creía tanto en los valores socialistas de Marx o Lenin como en una ideología «soviética». En la década de 1970, cuando Putin se hizo un hombre, el país se desmovilizó y la ideología pasó a un segundo plano. Emergió un mercado negro, una economía informal donde no había más ley que la costumbre: por ejemplo, el 50 por ciento de las reparaciones de calzado se hacían en el ámbito de transacciones privadas que oficialmente no existían. El adolescente Putin descubrió un mundo donde asomaba el individualismo, lejos de la mirada paternalista del Estado estalinista, pero sometido cada vez más a la ley del más fuerte, que asomaría en la siguiente década para quedarse. Los nuevos ricos en los noventa serían el gran *show*, y los ricos secretos de esos años setenta fueron el ensayo general.

El propio país era el mensaje. El propio pasado era la promesa. El paraíso no estaba en el mañana, sino sobre todo en el ayer victorioso de la Segunda Guerra Mundial. No había revolución que exportar, no había purgas que esperar. El futuro todavía era inevitable, pero el pasado era tan grande que alcanzaba al presente. La historia debía ser sustituida por una memoria lavada y centrifugada, sin purgas o malas compañías. No repetir esos errores, pero tampoco hablar de esos horrores. Decir que Stalin y Hitler fueron socios antes de ser enemigos pasó a ser un delito. El pasado era demasiado importante para presentarlo sin «maquillar». Cuando Putin era un niño se hablaba de represiones estalinistas. Pero cuando se hizo un hombre y empezó a conocer su país ya solo se hablaba de unas «violaciones de

la legalidad» que no empañaban el papel de Stalin como comandante de un ejército que frenó a Hitler y luego lo venció.

En 1917 el bolchevismo había asaltado los cielos, dispuesto a exportar la revolución, prometiendo todo sin nada que temer. Pero en 1972 el poder empezaba a no prometer nada, temiéndolo todo. Ese regreso espiritual a los años de la guerra necesitaba enemigos eternos, y también el consiguiente gasto militar, que subiría cuatro puntos en el tramo final del sultanato de Brézhnev.

Tampoco los aliados de la URSS eran de fiar. Existiría una doctrina de «soberanía limitada» para los países satélites: el comunismo no solo debía ser invencible, sino también irreformable. En un régimen revolucionario basado en el futuro, el cambio es inexorable. Pero después, en una dictadura cuya ideología está basada en un pasado sagrado, la idea de reforma es una afrenta.

En el mundo en el que creció Vladímir Vladímirovich Putin, Ucrania no era un país, pero al mismo tiempo era la república más importante de la URSS, que formalmente evitaba conceder a Rusia la primacía que en la práctica tenía. Moscú regía desde lejos los destinos de Ucrania, pero al mismo tiempo los «clanes ucranianos» mandaban mucho en el Kremlin y sus madrigueras. Por ello cuando se describe como «colonialismo» la relación de la metrópoli —abusiva y depredadora, sin duda— se están dejando por el camino muchos matices característicos del desaparecido sistema soviético. El Politburó⁵ estaba poblado de ucranianos, aunque es cierto que todos del mismo pelaje rusocéntrico. Jrushchov había sido secretario general del Partido Comunista ucraniano y Brézhnev nació en una localidad de la actual provincia ucraniana de Dnipropetrovsk. En

⁵ Politburó era el nombre abreviado del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Fue el máximo órgano directivo del PCUS. En la década de 1960 se le conoció también como Presídium del Soviet Supremo de la URSS. El Politburó estaba formado por los principales miembros del Comité Central del PCUS y definía la línea política del partido. Todos los máximos dirigentes soviéticos eran secretarios generales del PCUS.

Moscú, el clan de Dnipropetrovsk, que vino de la mano del longevo Leonid, seguiría mandando años después de su muerte. El segundo clan era precisamente el de los *leningradski*. Ambos clanes competían, en ocasiones se empujaban y en otras cooperaban en el puente de mando de la URSS. Cuando Moscú y Kyiv pasaron a ser los centros de control de dos países distintos ambos clanes siguieron relacionándose, cada uno desde su peñasco de poder.

Lenin había sido en cierta forma una injerencia extranjera, inoculado por los alemanes en un «tren sellado» como un germen agitador.⁶ El bolchevismo tuvo a su vez la ambición de contagiar su revolución al mundo, pero fracasó en la década de 1920-1930. Solo la victoria del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial permitió exportar su dictadura del proletariado, pero esta vez no como una inyección de virus revolucionario, sino abriendo las compuertas de la presa autoritaria, inundando Europa Central de un socialismo vasallo de la URSS. Las tropas de Stalin se habían abierto camino hasta Berlín, y en 1961 Jrushchov construyó allí un muro para vigilar la Alemania del Este. Putin vino al mundo en ese cambio de ciclo: Moscú no comandaba una utopía dispuesta a duplicar sus cromosomas, sino que era una capital vigilante ante cualquier contagio del exterior.

Cuando en 1968 el régimen de Checoslovaquia intentó una apertura para despegarse del control soviético, el intento fue aplastado. La culpa de todo la había tenido el comunista checo Alexander Dubček, el secretario general del Partido Comunista de Checoslovaquia, leninista de corazón, que pretendía crear un «socialismo con rostro humano» dando más poder a los sindicatos en la defensa de los derechos de los trabajadores. Esto puede sonar bastante socialista

⁶ En 1917, Lenin y otros bolcheviques exiliados en Suiza aceptaron la propuesta de la Alemania imperial, que ya financiaba sus actividades, para ser trasladados en un «tren sellado» hasta la estación de Finlandia, en Petrogrado (el nombre con el que se había rebautizado San Petersburgo en 1914). Una vez allí, Lenin organizó el golpe de Estado que acabaría con el gobierno provisional e instauraría el régimen bolchevique.

en un régimen no comunista. Pero en un régimen comunista como aquel, de partido único y economía planificada, solo pudo ser contemplado como un camino peligroso. Porque el cambio (y no digamos una iniciativa no controlada por el «centro», es decir, Moscú) solo podía ser una anomalía. La noche del 20 al 21 de agosto de 1968, los tanques del Pacto de Varsovia entraron en Praga derrocando al «gobierno desviado», como un claro aviso al resto de gobiernos satélites. Mientras en Washington, Londres y París las cancillerías contemplaban las noticias rascándose la coronilla.

Lenin inscribió su nombre junto a la palabra revolución y Stalin firmó con el suyo la victoria en una guerra. Pero Brézhnev, al que le encantaba otorgarse a sí mismo condecoraciones en ceremonias bochornosas, dio nombre a una doctrina con D mayúscula. La «Doctrina Brézhnev» de soberanía limitada imponía que los estados socialistas debían acudir en defensa de cualquier otro miembro del Pacto de Varsovia si intentaban introducir el virus del capitalismo en su interior.

Todo ocurrió en Praga en 1968 como Putin pensó que ocurriría en Kyiv en 2022. Putin no ha tomado Kyiv en tres días, pero Brezhnev sí controló Praga en apenas dos noches. Podía hacerse y se hizo: colocó un gobierno títere que al poco tiempo proclamó la «normalización». Cuando nos sorprendemos de que Putin presente su invasión de Ucrania como una operación para «proteger» a la población ante un régimen desviado por una influencia extranjera, debemos entender que la ocupación de Praga —una de las primeras noticias internacionales que escuchó Vladímir Vladímirovich en casa de sus padres con dieciséis años— fue presentada por el régimen soviético como una operación defensiva contra el ataque del capitalismo. El término «liberación», referido a un territorio, tiene aquí un significado agresivo. Y volvería a tenerlo.

Ante unos síntomas percibidos como similares, la receta de Moscú en 1968 y en 2022 fue la misma: un golpe de Estado impulsado por una invasión exterior. Después del *putsch* contra el checoslovaco Dubček y de la intentona militar contra el ucraniano

Zelenski, hubo algunas protestas en Moscú. Tanto Brézhnev como Putin sabían qué hacer: arrestos masivos.

El pasado da pistas para imaginar los efectos que hubiese tenido en Rusia una victoria rápida en Kyiv en 2022 (o una victoria trabajosa en el futuro) como la que puso a Praga en su sitio. La invasión de Checoslovaquia le sirvió a Brézhnev para afianzar su poder, dando vía libre a la reestalinización, que no revisaba el terror del periodo 1930-1940, sino que justificaba la brusca industrialización de aquella época como un factor clave para ganar la Segunda Guerra Mundial.

Como escribió Iliá Ehrenburg, en las generaciones anteriores a Putin, «hubo poco tiempo para la reflexión» por culpa de la represión y la guerra. Cuando la expansión de la educación se hizo realidad nadie prestó suficiente atención a la posición subalterna y condicionada de las humanidades. Había obreros trabajando en las industrias de la ciudad de Gorki que habían devorado manuales de mecanización, pero desconocían quién era el escritor que daba nombre a su ciudad. Tampoco había religión, así que el país entró en la segunda mitad del siglo xx con una mezcla de alfabetización y tics de obediencia robótica que todavía duran.

La propia manera de ascender en el escalafón propiciaba ese modelo de *homo sovieticus* que no se hace demasiadas preguntas.⁷ Las purgas de la década de 1930 no solo sirvieron para depurar potenciales enemigos, sino que transmitieron un mensaje claro a los que ocuparon los puestos de los purgados. A partir de ese momento, cada reemplazo del régimen supo que su margen era estrecho, y el mínimo exigible era el silencio. En los setenta no existía un desafío al poder desde dentro o desde fuera del país, pero sí una duplicidad entre muchos intelectuales, que pensaban una cosa, aunque dijeran otra. Los antiguos corresponsales de prensa hablaban de esa vieja

⁷ El término, con un fuerte carácter irónico, fue acuñado por el sociólogo Aleksandr Zinóniev en la obra del mismo título publicada en 1986.

«disconformidad secreta» de personas que eran «el doctor Jekyll en su actividad pública» y el salvaje Mister Hyde «en la intimidad de sus conciencias».

Esa patología volvería a quedar al descubierto en el tardoputinismo, en el que personas que llamaban públicamente «operación militar especial» a la invasión de Ucrania se referían a esta en privado como «esa mierda». Un ejemplo son las grabaciones, filtradas en 2023, de la conversación entre un famoso productor musical ruso y un exsenador, que mostraron que ambos estaban furiosos con el liderazgo de Rusia y creían que los políticos del país carecían de capacidad para tomar decisiones críticas. Para la analista política Tatiana Stanovaya, «declaraciones así son representativas de lo que se dicen las élites rusas cuando creen que nadie las escucha». En todos los niveles, la lealtad al régimen estuvo siempre trufada de maldiciones al sistema.

Putin y los hombres que le han rodeado en el poder estos años despertaron al mundo en los setenta, esos años lentos. La generación que ha acompañado a Putin en el poder en Rusia aprendió a conducir y se casó dentro de una fortaleza asediada, velando las armas de una guerra que ya había terminado antes de que naciesen y escuchado historias sobre la siguiente conflagración soviética con Estados Unidos, que no llegaría a tener lugar. Como resume bien la politóloga y socióloga Mira Milosevich, «la tiranía moderada significó el estancamiento, pero garantizó cierta estabilidad a la sociedad, algo que los ciudadanos soviéticos no habían disfrutado anteriormente».

Pero incluso cuando el régimen se las arregla para que nada suceda, el tiempo transcurre: la demografía siempre hace su trabajo. La estabilidad es especialmente valorada por los que han sufrido los rigores del pasado, pero a medida que bajamos en la pirámide de la población y la experiencia vital es menor, la tranquilidad estancada pierde su brillo. Y su reverso, el estancamiento, empieza a sobresalir en la percepción ciudadana.

El ruso medio que en 2012 vi en las primeras protestas contra el regreso de Putin al Kremlin era clase media nacida a finales de los ochenta. Gente que tenía más o menos doce años cuando Putin llegó al poder por primera vez en 2000. Doce años es también la edad que tenía Putin cuando Brézhnev inició su larguísimo mandato al frente de la URSS.

Muchos veinteañeros urbanitas que en 2012 gritaban en la plaza Bolotnaya de Moscú habían nacido en torno a 1988, y habían vivido la mitad de sus vidas bajo el poder de Putin. De los rigores de la primera mitad no recordaban apenas nada y, de pronto, tenían veintitantos años. Putin había estado en esa misma situación, sin haber vivido la posguerra ni el estalinismo, sin poder recordar nada de la tímida apertura del errático Jrushchov, y también se plantó con veintidós habiendo vivido la mitad de su vida —y casi el cien por cien de su existencia consciente como ciudadano— bajo el régimen estancado del mismo hombre. Pero cuando llegó ese momento, Vladímir Vladímirovich no salió a la calle para repartir octavillas en blanco. Fue justamente entonces cuando se dio un paseo hasta el cuartel de los servicios secretos en Leningrado para unirse al KGB.

Capitalismo salvaje, libertad domesticada

Incluso los estados nuevos están basados en cosas viejas. A comienzos de la década de 1990, Rusia sufrió un *shock* sin parangón, personal e intransferible. En primer lugar, económico: experimentó una posguerra sin salir de ninguna guerra. Además, perdió territorios sin haber sido invadido por ningún otro país. Y, por último, vivió un cambio de régimen sin que su capital fuese ocupada por ningún ejército extranjero. Ucrucianos, polacos, húngaros... todos pasaron por estrecheces, pero abrazaron su soberanía. Los rusos percibieron que habían perdido una batalla que no había ocurrido en ningún momento ni en ningún lugar, pero sus efectos estaban bien

a la vista. Perdieron una guerra invisible, pero la derrota y sus cicatrices fueron reales y, el germen de la revancha quedó larvado dentro del sistema.

El país que se había colonizado a sí mismo vio cómo dentro de sus viejas fronteras se izaban otras banderas. El imperio rojo que había exportado su revolución importaba el vulgar capitalismo occidental. El contagiador era contagiado. El colonizador, colonizado.

Sin haber perdido ninguna batalla en su territorio, Rusia se encontró con demasiados síntomas de una derrota militar. Salvo uno, que por el contrario suele venir de la mano de la victoria y que se supone que es uno de los objetivos supremos por el que se empuñan las armas. Ese síntoma inmenso fue la libertad. Y nadie supo muy bien qué hacer con ella.

En medio de ese caos ruso, apareció la democracia como un animal exótico llegado de otro ecosistema y que provocaba fascinación a los que solo lo habían visto por televisión. Con la libertad pasó como con cualquier animal salvaje encontrado en la gran ciudad: la disyuntiva era si podía sobrevivir si se le dejaba deambular sin límites (porque, al fin y al cabo, no está hecho para el cautiverio) o si, por el contrario, había que rodearlo con una cerca para criarlo sin que se marchitase o hiciese daño a nadie.

Para algunos autores, como el historiador estadounidense Timothy Snyder, la democracia nunca llegó a arraigar en Rusia. Ni por un segundo. Y la prueba es que el poder no cambió de manos en una competición abierta: Borís Yeltsin fue el primer presidente porque había ganado unas elecciones antes de que la República de Rusia (el armazón de la URSS en ese momento, pero no un estado) se independizase. Yeltsin fue un gobernador convertido en jefe de Estado por una carambola de la historia. Estados Unidos, siempre más conformista hacia afuera que hacia adentro, dio por hecho que la apertura a los mercados crearía las instituciones democráticas necesarias. Años después, tras comenzar la invasión rusa de Ucrania, se lo pregunto a la historiadora estadounidense Anne Applebaum en

Vilna, capital de Lituania, y coincide con Snyder: «Fue un error pensar que el capitalismo bastaría para democratizar Rusia».

Occidente es hoy el mayor crítico de los desmanes rusos, pero en los años en los que —con permiso de Marguerite Duras— tal vez no era demasiado tarde, su interés estaba puesto en otras cosas. En 1993 Yeltsin disolvió el Parlamento ruso y envió al ejército a plantar cara a los diputados, a los que la prensa occidental presentó como unos inmovilistas ante las reformas económicas. En 1996, el mismo Yeltsin se impuso a los comunistas gracias a manipulaciones electorales. Washington respiró aliviado. La misma prensa extranjera que décadas después se preguntaría cuándo nacería de una vez la democracia en esa tierra escarmentada había publicado las fotos de su entierro en primera página. Un entierro al que Europa asistió con traje de fiesta y matasuegras.

Vladimir Putin vivió esos primeros compases de democracia como concejal del ayuntamiento de San Petersburgo. El incombustible Borís Vishnevsky compartió plenos con él en esos años. Me interrumpe cuando digo que jamás hubo opción. Cree que sí hubo un momento en el que los rusos tuvieron el país en sus manos. «Ese momento lo tuvimos. Fue un proceso. Paso a paso, perdimos ese control. La última vez que las elecciones fueron limpias, sin falsificaciones, fue en los comicios parlamentarios de 1995».

Estamos en 2023, refugiados en una cafetería cerca del ayuntamiento, donde el viejo concejal Vishnevsky ha prestado servicio estos años viendo cómo el sistema se anquilosaba. Después vinieron las trampas y el control de los medios. Así, poco a poco, «mostraron a los ciudadanos que independientemente de lo que piensen no pueden cambiar a las autoridades». Hubo, por tanto, «un punto de inflexión». Primero existió «un periodo de libertad de expresión y de elección, entre 1990 y 1993, hubo una ventana de oportunidad». Después de esto empezó «un régimen autoritario». Lejos del fatalismo, cree que se «pudo prevenir y ahora las cosas serían distintas».

Hablamos en ruso, tal vez demasiado alto. El camarero nos mira con hastío. Como si él no tuviese ninguna culpa y nosotros, toda.

Vishnevsky combate «el mito de que Yeltsin era demócrata, y que por lo tanto había que cerrar los ojos a lo que hiciese».

—¿Qué habría pasado si los comunistas hubiesen ganado en 1996? Hubiese llegado el «rojo» Guennadi Ziugánov a la presidencia. ¿Hubiese vuelto el comunismo?

—Claro que no. Como pasó en Europa del Este: primero unos de izquierdas, luego unos de derechas. Nada más. Resulta que Yeltsin, después de librar supuestamente a Rusia del comunismo... ¡nos colocó de sucesor a un tipo del KGB!

En algún momento se decidió que en lugar de que la población administrase el Estado con libertad, sería el Estado el que administraría la libertad de la población.

Los rusos malinterpretaron la libertad y no tuvieron tiempo de asumirla como un valor cívico o como una condición para la democracia. La libertad fue un fogonazo que iluminó el país entero. Pero la libertad acabó recluida en el ámbito personal, más como un activo que como un derecho. Que un periodista o un candidato no tengan libertad condiciona a las demás personas que conviven en el sistema. Esto no estuvo jamás sobre la mesa, hasta que fue demasiado tarde.

El historiador Lev Gumiliov calculaba que solo un 10 por ciento de los integrantes de cada generación puede permitirse el lujo de anteponer sus ideales a sus necesidades diarias. El corresponsal Rafael Poch señala en su libro *La gran transición* que desde principios de siglo Rusia había ido perdiendo a sus «mejores hijos» en las matanzas de dos guerras mundiales y una guerra civil, y también en las purgas. Los más generosos y entregados fueron los más expuestos a esta criba. Durante mis primeros años en Rusia en varias ocasiones me explicaron esa maldición difícil de demostrar. De verdad estaban convencidos de que los mejores no estaban y que ellos no podían serlo. Recuerdo a Gaya, por el día traductora y por la noche cantan-

te en aquel Moscú bohemio e inocente de 2014: «No puede salir de su zona de confort quien no tiene zona de confort». Decía que la posguerra seguía, porque la generación de sus padres fue criada con un cariño y una comunicación insuficiente por culpa de esos tiempos bruscos, una dinámica que se repetía en las casas. El régimen de Stalin venció en 1945 al nazismo, pero los rusos vagaron durante años entre hambre y ruinas como si hubiesen perdido; otras tierras arrasadas por Hitler fueron liberadas, pero la dictadura roja siguió. En los noventa, los rusos experimentaron una breve posguerra tras una batalla inexistente, alcanzaron la misma libertad contra la que sus líderes habían luchado, y de nuevo vino acompañada por unos síntomas de derrota que a casi nadie en Occidente pareció importarle.

Muy pronto, tras el fin de la URSS la libertad fue entendida solo en primera persona: libertad nivel usuario. No como algo necesario para que el sistema funcione, para que el gobierno no abuse, para que —aunque no haya igualdad perfecta— lo de todos no sea de unos pocos. La libertad era una moneda de oro que había sido encontrada en la arena, con la que cada cual podía hacer casi todo lo que quisiera, o nada en absoluto.

Rusia no se convirtió en un país libre, sino en una dictadura donde habitaban unos 140 millones de libertades individuales.

La libertad generalizada fue entendida como la estridente banda sonora de la inestabilidad cruel de la década de los noventa. Y eso, según el veterano Vishnevsky, forjó un acto reflejo en los rusos. «Pero fue una coincidencia. Llegó al gobierno gente que se consideraba demócrata y que eran apoyados por personas que eran demócratas. Y a la vez sucedió una crisis económica». La gestión de eso resultó tóxica. «La gente relaciona dos ideas: demócratas en el poder y situación económica empeorando; piensa que, si llegan los demócratas de nuevo, todo empeorará».

El final de la historia es conocido. «Llegó Putin diciendo que la democracia no hace falta. Y subieron los precios de los hidro-

carburos», que Rusia exportaba felizmente en grandes cantidades. «Putin puso este pensamiento en la cabeza de la gente: menos democracia y régimen más duro, pero más ingresos y mejores salarios».

La URSS fue un Estado donde se cambiaba de líder simplemente esperando a que se muriese, y después lo sustituían sin celebrar elecciones. Los comicios que en el pasado no hacían falta pasaron a no ser suficientes para modificar o controlar la Rusia de Putin, un Estado donde se votaba puntualmente con la conciencia de que nada podía cambiar. La oligarquía de clanes enfrentados de la década de los noventa había dejado paso a una cleptocracia en la que el Estado sería la única banda al margen de la ley.

La libertad, o su sucedáneo, no estaba en el aire, sino bajo tierra. Las exportaciones de gas y petróleo de los 2000 aportaron una estabilidad que funcionó tal como lo hace el edulcorante en una persona a la que se le ha prohibido el azúcar. Los rusos mejoraron como consumidores, pero no lo suficiente como trabajadores ni como empresarios. Aunque durante años Rusia ha sido el fetiche de comunistas que viven en países sin comunismo y empresarios con alma aventurera de *cowboy*, en Rusia ni existe un movimiento sindical capaz de proteger al trabajador ni la seguridad jurídica suficiente para que montar una empresa de éxito merezca los sacrificios de media vida.

La libertad fue asumida como un disfrute. Durante años los rusos no fueron ciudadanos de un país libre, sino usuarios de la libertad existente en una dictadura que, comparada con el pasado u otras tiranías lejanas, aparentemente no merecería tal nombre.

Por eso, durante mis más de diez años como corresponsal, muchas veces mis conversaciones sobre la libertad con muchos rusos acabaron virando hacia discusiones bizantinas sobre la cantidad de supermercados repletos de productos, la posibilidad de viajar, vivir de una manera o de otra o decir cualquier cosa o la contraria. Aunque, por cierto, la contraria casi nunca se escuchaba.

Los rusos entendieron que podían votar a quien quisieran, pero pasaron años, demasiados, hasta que empezaron a asumir que en la papeleta no podía figurar cualquier opción. Sabían que, a diferencia de sus padres, podían leer cualquier cosa y la contraria, aunque de nuevo la contraria se leía cada vez menos. Todo se podía leer, pero no todo se podía escribir. O tal vez sí, pero sin garantías. Dicho de otra forma: lo que ayer se escribió sin consecuencias, podría tenerlas en otro momento.

El gobierno no siempre mentía, y no hacía ninguna falta creer las mentiras del gobierno. Por alguna razón que no importó a casi nadie, cuanto más grandes eran las mentiras del putinismo, menos se escuchaban sus refutaciones.

Con el entierro del «yeltsinato», murió la idea de que la privatización había devuelto la riqueza estatal a la sociedad rusa. Con el abordaje del Putinismo —no solo al poder gubernamental, sino también al privado— nacía la idea de los hombres fuertes buenos, que simplemente estaban devolviendo a la patria sus riquezas enajenadas. Si con la caída del comunismo unos ciudadanos aprovechados habían robado las riquezas nacionales, el Estado autoritario podía expropiar al que le molestase sin que los rusos tuviesen claro cuál de los dos era el delincuente.

Pronto se impuso la idea del presidente: que las empresas estratégicas para el país debían estar bajo el control o a las órdenes del Estado. Pero esto implicaba que el Estado estaría bajo el control de las personas estratégicamente importantes para el presidente. Así que la victoria del capitalismo había sido parcial. Existiría la propiedad privada frente al Estado, pero quedaba en manos del Estado la facultad de privar a cualquiera de su propiedad. Adaptándose a esta segunda entrega del capitalismo ruso, la élite vivía sus mejores momentos. Rusia ganaba mucho dinero, ellos estaban por encima de la ley en casa, y la ley en Occidente todavía no les cerraba el paso. El sistema era lo suficientemente autoritario para que ellos se beneficiasen, pero no tanto como para que les cerrase las puertas en el

extranjero: un mundo de placeres, sol, disfrute y seguridad jurídica. Con un billete de avión podían saltar del privilegio a la justicia, obtener en Rusia lo que no merecían y registrarlo fuera, a salvo de otro que creyese merecerlo más.

Los corresponsales hemos escrito hasta el hartazgo acerca del pacto tácito —sobre cuya fecha nadie se pone de acuerdo— entre los rusos y las autoridades: el gobierno evitaba meterse en la vida privada de la mayoría de los rusos, y la mayoría de los rusos evitaban meterse en los asuntos del gobierno. Como dice un personaje de *El violinista en el tejado*: «Dios bendiga al zar y lo mantenga... lejos de nosotros».

Podemos decir que, a su manera, ese famoso pacto tácito es el reverso de otras transiciones que sí tuvieron éxito. Como la española, que consistió en que, para que el gobierno no volviese a coartar las libertades de la gente, la gente tendría que ocuparse del gobierno: incluso aunque meter a la masa en los asuntos públicos supusiese para muchos agoreros de la meseta volver a exponerse a las cacareadas inflamaciones del pasado.

Tantas veces en nuestras crónicas dimos por muerto ese pacto tácito en Rusia. Aunque parezca mentira, le echamos la culpa a los ciudadanos de esta ruptura y nos quedamos tan anchos. Fue entre finales de 2011 y comienzos de 2013, mientras el mundo miraba hacia las humaredas de las primaveras árabes. A Putin se le puso cara de Mubarak. El rostro asustado de Gadafi minutos antes de morir nos recordó que hasta la mirada más pétrea desde el fondo de la jaima o del palacio puede descomponerse a manos de una turba con suerte. ¿Cuántos descontentos hacen falta para matar a un presidente?

En Moscú y San Petersburgo también se protestaba, así que los corresponsales nos apresuramos a constatar que los rusos —algunos rusos, no tantos rusos, pero cada vez más rusos— habían dicho «basta», que se habían bajado de ese pacto. Como si el gobierno ruso lo hubiese respetado hasta entonces.

Matar a unos pocos, asustar a algunos, confundir a la mayoría, aburrir a todos

El régimen de Putin se basó durante años en la desmovilización de una mayoría y la inmovilización de una minoría. Pero la moraleja de esa técnica es que llega un día en el que hay que inmovilizar y callar a más gente. Cuando en marzo de 2022, apenas un mes después del comienzo de la invasión de Ucrania, Moscú lanzó una tanda de medidas represivas contra la población, volvimos a dar por roto ese pacto: esta vez por parte de las autoridades rusas, que pasaron de ser una dictadura a parecerlo con oropeles enciclopédicos: se prohibió toda protesta y todos los medios críticos tuvieron que cerrar, marcharse o disolverse. Se abrió la puerta a castigar a todos los insignificantes. Mucha gente lo entendió cuando se detuvo a gente con carteles en blanco.

Aun así, intentaron entumecer a los rusos una última vez con una propaganda nacionalista destinada a persuadir a unos cuantos de que la invasión de 2022 era lo correcto y, sobre todo, para convencer al resto de que eran una minoría tan alejada del estado común de opinión del país que lo mejor era callarse. Siempre había sido una de las cláusulas de ese pacto: el silencio y la indiferencia eran suficiente muestra de adhesión.

Así que, aunque el país estaba moviéndose demasiado, todavía había razones para la desmovilización: el miedo o la resignación de que moverse no serviría de nada. Algunos cientos de rusos salieron a las calles a protestar, pero ante la pérdida de libertades, la mayoría optó por el mismo enfoque con el que habían gestionado la libertad misma: una respuesta individual, no colectiva. Callarse, casi todos. Y marcharse, bastantes. Así volvió a pasar cuando el Kremlin, en contra de lo que había prometido, pero forzado por las dificultades en el primer año de la invasión de Ucrania, tuvo que recurrir al reclutamiento masivo, que fue presentado como su reverso: una «moviliza-

ción parcial».⁸ El régimen, que había basado su existencia en la desmovilización, descubrió que era difícil movilizar a la gente, que prefería hacer cola en los puestos fronterizos antes que en las oficinas de reclutamiento.

En Rusia en 2022 nadie quería correr la suerte de la periodista Anna Politkóvskaya, asesinada en 2006 por escribir la verdad, pero había demasiados que no podían evitar tener la edad para ir a la guerra. El sistema los había aburrido, la propaganda los había confundido. Ahora, de pronto, algo los aterraba. El régimen que había prometido más libertad que molestias estaba llamando a la puerta de los rusos. Los rusos oyeron los golpes en la puerta incluso cuando no se habían producido.

De nuevo fue Instagram el que decía la verdad, mientras Twitter era la caverna de Platón. El horizonte del ruso varón y joven era cada vez más sombrío, amigos y conocidos empezaron a aparecer fotografiados en lugares soleados en sus redes sociales.

—Misha, ¿dónde estás? ¿Te has ido del país o estás de vacaciones?

—Me he ido unos días hasta que todo esto se aclare.

«Todo esto» era el nombre del elefante en la habitación. Lo que antes solo podía llamarse «operación militar especial», ahora tampoco podía llamarse así.⁹ Porque el problema ya no era el objeto, sino el resto del predicado. Antes callar era suficiente, ahora apartarse en silencio podría no bastar. Así que muchos rusos se vieron obligados a lo que jamás quisieron hacer y, en un principio, se intentó evitar que hicieran: tomar una posición —en este caso, una decisión— respecto a una guerra, una invasión o una operación militar especial

⁸ El 21 de septiembre de 2022, Putin anunció una movilización parcial con la llamada a filas de 300.000 efectivos y castigos severos para los que eludieran las obligaciones militares.

⁹ «Operación militar especial» era la denominación que las autoridades militares rusas dieron a la invasión de Ucrania, con el fin de evitar la palabra *guerra*. Y así es como se sigue denominando tanto en la página del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa como en los medios afines al Kremlin.

—ya no importaba el nombre— que había matado para siempre ese pacto de indiferencia mutua.

Había pocos vuelos para salir del país, y eran muy caros. No todos los pasos fronterizos estaban abiertos, la mayoría estaban muy lejos y, en algunos casos, había mucha gente para cruzarlos. Pero huir, apartarse, reaccionar era todavía posible.

Precisamente porque durante más de dos décadas el régimen de Putin se había basado en la desmovilización de una mayoría y la inmovilización de una minoría es por lo que fue tan difícil y traumático movilizar militarmente a los rusos, una sociedad con el freno de mano echado. Y así fue como, en 2022, por primera vez durante el «putinato», miles de rusos se encontraron con una situación inédita: por primera vez no hacer nada era más peligroso que hacer algo.

Como siempre, el gobierno decía que no había nada que temer. Pero esta vez muchos sintieron que era más seguro llevar la contraria al gobierno que dejarse engañar. Durante años, el Putinismo había forjado una dictadura sin ruido de tambores, donde no hacía falta caminar detrás del líder. El gesto del nazismo era el brazo en alto, el gesto del comunismo era el puño en alto y el gesto de lealtad al Putinismo fue seguramente cruzarse de brazos ante la televisión, o mantenerse dóciles aprovechando las migajas de los beneficios de los hidrocarburos. Había que dejar actuar siempre al gobierno, que se encargaba de casi todo: hasta de ponerse límites y hacerse oposición.

Ucrania fue una ensoñación de Putin, pero supuso en realidad un despertar para muchos rusos. Mientras los combates seguían trocando como algo lejano, en cuestión de días, sin hacer demasiado ruido, miles de hombres despegaron en dirección contraria huyendo de una guerra que, obedientes, todavía no llamaban por su nombre. Para evitar ir al frente en el que, de manera ingenua, pensaban que no estaba ocurriendo gran cosa. De pronto, esa multitud que nunca sabe qué decir, supo qué hacer.

En febrero de 2022 escuché a los soldados rusos llegar a las afueras de Kyiv. En marzo crucé junto a mujeres y niños ucranianos la frontera con Moldavia, huían del ejército de Putin: «Se ha vuelto loco». Luego vi a hombres rusos escapar para librarse de una guerra que ellos mismos negaban, justificar el traje del emperador al mismo tiempo que se espantaban de su desnudez. Fue entonces cuando decidí escribir este libro. Para intentar explicar cómo hemos llegado hasta aquí sin que nadie oyese gritar eso que todo el mundo sabía.